



EDITA: HERALDO DE ARAGÓN EDITORA, S. L. U.
 Presidenta Editora: Pilar de Yarza Mompeón
 Vicepresidente: Fernando de Yarza Mompeón
 Director General: José Manuel Lozano Orús

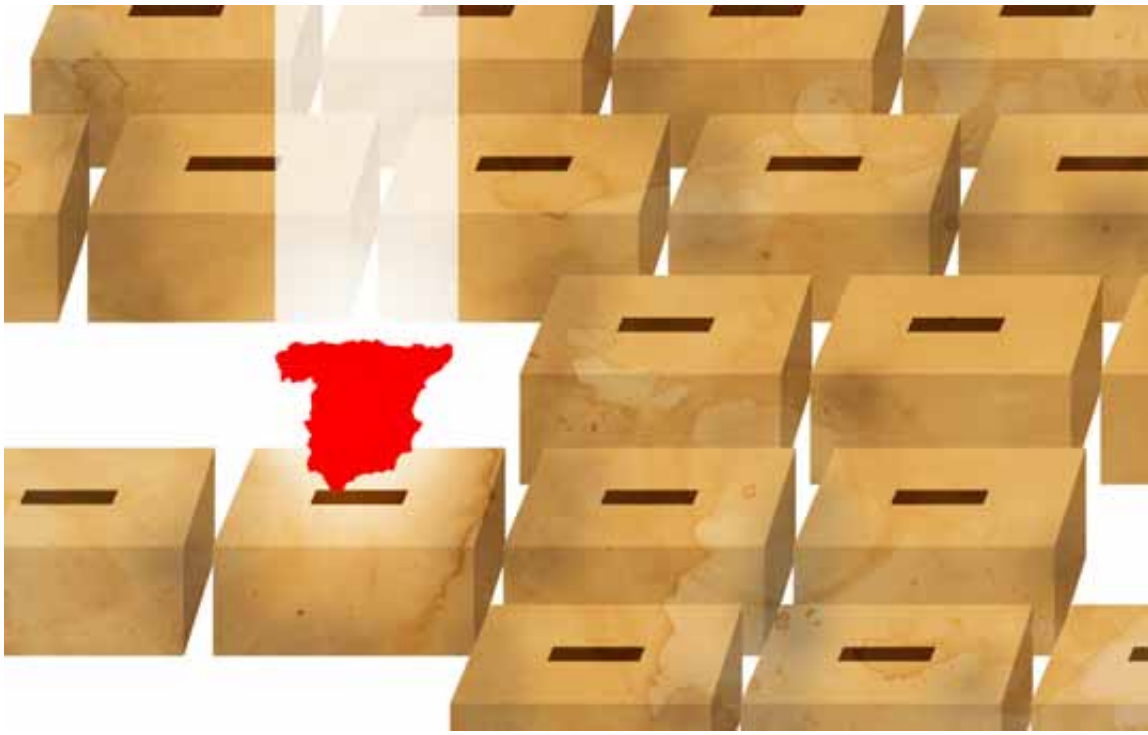
Director: Miguel Iturbe Mach
 Subdirectores: Encarna Samitier (Opinión), Ángel Gorri (Información). Redactores Jefe: Enrique Mored (Aragón), Santiago Mendive. Jefe de Política: José Luis Valero. España,

Mundo y Economía: José Javier Rueda. Deportes: José Miguel Tafalla. Cultura: Santiago Paniagua. Internet: Esperanza Pamplona. Cierre: Mariano Gállego.

Gerente: José Andrés Nalda Mejino
 Comercializa: Metha. Gestión & Medios, S. L.
 Imprime: Impresa Norte, S. L.
 Distribuye: DASA. Distribuidora de Aragón, S. L.

LA FIRMA | Cuando Suárez llegó al Gobierno en julio de 1976 la oposición democrática no tenía razones para confiar en él. Y Suárez siguió adelante con sus planes de reforma sin acordarlos con los partidos políticos
 Por Eloy Fernández Clemente

Alguien le estaba apuntando



CLARA BIEL / VITICOR

LA máxima tensión en la película suele darse cuando el protagonista se muestra extraño, no responde bien a su amigo, cónyuge, policía, y balbucea, juega con los ojos pero no aclara nada. Solo el espectador sabe, porque se lo muestra la cámara, que alguien le está encañonando. Esa es la imagen en que convierto los primeros seis meses de gobierno de Adolfo Suárez, a quien justamente homenaja casi unánime España: no nos lo podía explicar todo, porque alguien (se supo bien el 23-F de 1981) le estaba apuntando.

Suárez jugó muchas bazas, como un gran prestidigitador. Pero aunque hacía guiños, enviaba mensajes, no pactó abiertamente con las alianzas opositoras Junta Democrática y Plataforma de Convergencia, fusionadas tres meses antes aunque con poco entusiasmo, y aún faltaban los organismos políticos de las nacionalidades y regiones, algunos sectores de la derecha democrática, algunos partidos de la izquierda. Ello le hubiera dado una legitimidad que no tenía por las urnas.

Aunque en junio de 1976 habíamos ido tres veces al Juzgado, perseguidos por el Tribunal de Orden Público y la Fiscalía local, comenzaban a permitirse actos políticos hasta poco antes proscritos; pero los partidos no estaban por estrechas ventanillas y las movilizaciones de masas marcaban el camino hacia la ruptura con la situación heredada. Un camino que pasaba por la amnistía, la libertad de partidos políticos sin exclusión y la apertura de un periodo constituyente.

Ante la declaración programática del nuevo Gobierno, presidido por Suárez, nuestra fe en el cambio era muy escasa, ya que todo se hacía, titulamos, «a espaldas del pueblo». Hacía ocho meses de la muerte de Franco y seguíamos con gobernantes no elegidos, familias po-

líticas no contrastadas en las urnas, muy próximas a los intereses del capital. Pedíamos que el Gobierno explicara «los resortes por los cuales ha llegado al poder»; un gobierno de reconciliación nacional con todas las fuerzas democráticas y que preparase elecciones constituyentes, amnistía general, libertades. Pero éramos pesimistas: «La represión continúa, las detenciones aumentan, la inseguridad jurídica se refleja en las prohibiciones que siguen su paso...».

Ese verano seguimos insistiendo en la urgencia de una amnistía, ya que: «Los presos políticos siguen en las cárceles, los exiliados no pueden volver, los represaliados engrosan todavía las listas negras». Y añadíamos un final hermoso y casi asombroso: «La amnistía tiene que ser mutua. Que el pueblo que ha visto limitados sus derechos fundamentales, pueda también amnistiar a quienes le han herido».

Ya en el otoño, añadíamos: «No basta la amnistía parcial, no basta la tolerancia, no bastan las promesas de un referéndum vacío, no bastan las medias tintas. Es precisa ya la negociación definitiva... la amnistía más completa, la libertad de todos los partidos, la apertura de un periodo constituyente. En fin, de una vez, la democracia».

Y criticábamos a fondo el discurso de Suárez sobre el futuro político español: ambiguo, inconcreto y vacilante...; se habla de Cortes

«Nos morimos de ganas de votar», explicábamos; pero «vamos a aguantarnos las ganas», si votar era hacerlo con leyes penales sesgadas, sin amnistía, sin libertad»

Constituyentes, soberanía del pueblo, legitimidad por el voto. Pero a la vez se desconoce quién va a hacer la ley electoral, cómo va a ser, quiénes tienen permiso para jugar... «Claro que el Gobierno había negociado la reforma con los herederos y continuadores del franquismo. Quizá ellos conozcan su alcance real. De momento aplauden; la oposición no. Con la oposición nadie negoció nada».

Por eso, tras un largo y tenso debate interno, abrimos el 1 de diciembre con: «Referéndum: no votar». «Nos morimos de ganas de votar», explicábamos; pero «vamos a aguantarnos las ganas», si votar era hacerlo con leyes penales sesgadas, sin amnistía total, sin libertad de expresión y medios de comunicación disponibles.

Triunfó, el 15 de diciembre de 1976, en referéndum, la Ley de Reforma Política; el siguiente 11 de marzo se aprobaba la amnistía política y el 9 de abril se legalizaba al Partido Comunista. A fines de octubre de ese año 1977, todos los partidos suscribían en el Congreso los Pactos de la Moncloa, asumidos también por sindicatos y empresarios. Y un año después, las nuevas Cortes, surgidas de las urnas a mediados de junio, aprobaban el texto de la Constitución, refrendada el 6 de diciembre de 1978. Suárez se había salido con la suya, sin despreciar, pero también sin pactar nada sustancialmente político.

Casi nadie recordará estos días los ácidos, lúcidos, crueles también, libros de Gregorio Morán sobre Suárez. No toca. Pero sí en las revisiones que se harán a la Transición, aún muy confusamente conocida, lenta y contradictoria, con muy mal planteadas muchas cuestiones y que nadie parece realmente querer seguir esos caminos de diálogo y respeto.

HOY, MIÉRCOLES 26

Encarna Samitier

LA CONCORDIA FUE POSIBLE

«Y murió batiéndose heroicamente por una causa que no era suya. Su causa, la de la libertad, no había en España quien la defendiese». Así cierra Manuel Chaves Nogales uno de los nueve relatos sobre la guerra civil de 'A sangre y fuego'. El escritor y periodista, afín al la República, estaba en el punto de mira de los fascistas y se sabía, con amarga ironía, «perfectamente fusilable» por los radicales de su bando. La guerra engulló esa 'tercera (imposible) España' de la que habla una prologuista de Chaves, que se autodefinía como un pequeño burgués amante de la democracia parlamentaria y enemigo de la estupidez y crueldad de unos y de otros. La Transición, pilotada por Adolfo Suárez, hizo posible esa España de concordia y libertad. El hombre del pelo esculpido a navaja le quitó la peluca a Carrillo, un gesto que asustó a la caverna y no le salvó del recelo de la izquierda, y que suscitó la envidia de quienes hubieran querido ocupar su papel en la historia. Ese gesto fue su Rubicón. España llegó a la otra orilla reconciliada y democrática. Y la muerte de Suárez ha traído la reflexión y la gratitud ausentes en el 'tsunami' de entonces. La constatación, para siempre en su epitafio, de que la concordia fue posible.

DÍA A DÍA

Cristina Delgado

El legado de Suárez

A la muerte de Adolfo Suárez, todo son alabanzas para el expresidente fallecido y solo se habla de su papel fundamental en la Transición y de su defensa de la concordia y el diálogo. Se recuerda poco que Suárez vivió un durísimo último mandato, cuestionado por su propio partido y atacado tanto por la derecha, que le reprochaba haber legalizado el PC, como por la izquierda, que le acusaba de representar todavía al régimen de Franco.

Una situación llena de dificultades sociales, políticas y económicas obligó al entonces presidente a presentar su dimisión en 1981. Sin apoyos en UCD, Suárez fundó el CDS, que en las elecciones de 1982 solo logró dos escaños, tras sendas legislaturas en las que había rozado la mayoría absoluta (166 escaños en 1977, y 168 en 1979).

Por eso, aunque hoy alabemos su figura, Adolfo Suárez fue un tipo incómodo. Y pagó muy caro en las urnas y en su propio partido su voluntad de

convertir este país en una democracia. Quizá, más allá de las loas a su figura, deberíamos fijarnos en su verdadero legado: acabó rechazado por todos, pero logró que todos trabajaran juntos por una España mejor.

Y ahora que, como entonces, vivimos tiempos convulsos y la crisis es la protagonista, es el momento de que los partidos políticos se pongan de acuerdo y pacten cambios importantes que permitan a España afrontar el siglo XXI.

La Transición fue un tiempo de avances, pero también de renunciaciones y de concesiones, ante el riesgo de involución que vivía el sistema. La ley electoral, las autonomías, la propia Constitución... nacieron condicionadas por la fragilidad de un sistema democrático recién nacido que veía aún muy cerca la sombra del franquismo.

Pero aquel tiempo y aquellos miedos ya pasaron. Y hoy, las amenazas tienen más que ver con los mercados y con los grandes poderes económicos, carroñeros voraces dispuestos a hundir en la miseria a millones de españoles para que sus beneficios sigan al alza. Por eso, necesitamos políticos que olviden sus intereses y los de sus partidos y trabajen unidos por el bien de España. Necesitamos políticos que dejen de alabar a Adolfo Suárez y empiecen a actuar como él.